Michel de Montaigne

DE LOS LIBROS

Ilustraciones de
Max

Traducción de
María Teresa Gallego

Nórdicalibros

DE LOS LIBROS

MICHEL DE MONTAIGNE

Ilustraciones de Max

Traducción de María Teresa Gallego

Nørdicaebooks
Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire
www.nordicalibros.com

Título original: «*Des livres*», extraído de la obra Essais (libro II, capítulo X)

© De las ilustraciones: Max
© De la traducción: María Teresa Gallego
Edición en ebook: abril de 2019

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com

ISBN: 978-94-17651-50-3

Diseño de colección: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

No me cabe duda de que doy con frecuencia en hablar de asuntos que tratan mejor los entendidos y con mayor tino. Aquí, sin más, ejercito mis facultades naturales, que no adquiridas, y quien me deje por ignorante en nada me estará ofendiendo, pues mal puedo responder ante el prójimo de lo que digo si no respondo de ello ante mí ni me ufano. Quien busque ciencia, que vaya a sacarla de donde mora; de nada hago yo menos profesión. Son estas de aquí obras de mi pensamiento con las que no intento dar a conocer las cosas, sino a mí mismo. Las cosas las sabré quizá un día, o las supe, si la fortuna me condujo a los lugares donde las explicaban; pero las he olvidado ya; y aunque sea hombre de algunas lecturas, no soy hombre de memoria; no puedo, pues, comprometerme a nada que no sea informar de con qué rasero se miden ahora mismo los conocimientos que yo tenga. No se fije nadie en los temas de los que trato, sino en la forma en que los trato; véase, en lo que tomo prestado, si he sabido escoger con qué realzar o completar con tino lo añadido, que siempre procede de mí, pues hago que digan los demás, no antes que yo, sino a continuación, lo que no puedo yo decir tan bien, porque no me llega para ello el lenguaje, o porque no me llega el conocimiento. No cuento los préstamos que tomo, los sopeso. Y si hubiera querido alardear de su cantidad, habría puesto el doble. Son todos, o poco falta, de nombres tan famosos y antiguos que paréceme que se nombran solos y no me necesitan. En los razonamientos, comparaciones y argumentos, si alguno a sabiendas trasplanto a mi terruño y mezclo con los míos, oculto al autor a sabiendas, para refrenar la temeridad de esas sentencias precipitadas que se dictan acerca de toda clase de escritos, y sobre todo en obras recientes de hombres que todavía viven y en la lengua del vulgo que anima a todo el mundo a hablar de esos escritos y parece imponer un concepto y una intención no menos vulgares; quiero que usen mis narices para darle en las suyas a Plutarco y que caigan en el ridículo de insultar a Séneca al insultarme a mí. Me es menester ocultar mi debilidad tras tan magnas autoridades. Me gustaría que alguien supiera quitarme las plumas con su claridad de criterio y solo con percatarse de la fuerza y la belleza de lo dicho; pues yo, que por falta de memoria siempre paso apuros para separarlo por su origen, sé muy bien, pues calibro mis alcances, que no es mi suelo ni poco ni mucho capaz de dar ciertas flores de gran esplendor que veo crecer en él y que, de todas las frutas de mi propia cosecha, ninguna puede compararse a esas. Y me veo, pues, en la obligación de

aceptar las consecuencias si me trabo y si hay vanidad y vicios en mis palabras y no me percato de ello o no soy capaz de notarlo si me lo indican, pues con frecuencia se nos escapan faltas que no vemos, mas es propio de un juicio defectuoso no ser capaz de caer en la cuenta si otro nos las señala. La ciencia y la verdad pueden residir en nosotros sin criterio; y también puede haber criterio sin ellas: reconocer la ignorancia es uno de los más hermosos y rotundos testimonios de criterio que se me ocurren. No cuento con más sargento de línea que el azar para situar mis piezas: a medida que acuden mis cavilaciones, las voy apilando, ora se agolpan y ora van despacio y en fila. Quiero que se note mi paso natural y ordinario por muy irregular que sea; voy como se me antoja, no trato aquí, por lo demás, cuestiones que no debieran ignorarse y que no puedan tratarse de forma casual e incluso un tanto a la ligera. Desearía entender mejor las cosas; pero no quiero comprar esa inteligencia al precio que cuesta. Es mi intención pasar remansadamente, y no trabajosamente, lo que me quede de vida: no hay nada por lo que quiera quebrarme la cabeza, ni siquiera el conocimiento, por muy valioso que sea.

PLUTARCO
LVCANO
CESAR
Suetonio
Bruto
CICERON
Diogenes Laercio
PLAUTO
LUCRECIO
OVIDIO
Catulo
HORACIO
Polibio
SÉNECA
Terencio
VIRGILIO
HERODOTO
TÁCITO
Aristoteles
MARCIAL
Calcocondilas
QUINTILIANO
SAN AGUSTIN
López de Gomara
PLINIO
BOCACCIO
RABELAIS
La Boétie
Pedro Mexía
ARIOSTO
M. du Bellay
FROISSART
JEAN BOUCHET
Jean Second
ERASMO
MACHIAVELLI
Guicciardini

Solo busco en los libros el gusto que me proporcione un honrado entretenimiento; o, si estudio, solo busco la ciencia que trate del conocimiento de mí mismo y que me instruya en un bien morir y un bien vivir.

Has meus ad metas sudet oportet equus.[1]

Con las dificultades, si con ellas me topo al leer, no me como las uñas; ahí se quedan tras haber arremetido contra ellas una o dos veces. Si me quedase plantado, me perdería y perdería el tiempo, porque tengo un carácter impulsivo: lo que no vea de primeras menos lo veré si me empeño. Nada hago si no es con buen humor, y el empeño y la presión excesiva me ciegan el entendimiento, lo amohínan y lo cansan. Se me turban y se me distraen los ojos, tengo que apartarlos y volverlos a fijar a trompicones: de la misma forma que para apreciar el brillo del escarlata nos ordenan que pasemos la vista por encima y en varias veces, apartándola de golpe y volviendo a mirar luego. Si tal libro me resulta enojoso, tomo otro y no me dedico a aquel más que en las horas en que empieza a adueñarse de mí el hastío de no hacer nada. No me intereso en los recientes, porque los de los Antiguos me parecen más completos y más recios; ni en los griegos, porque mi criterio no sabe ejercitarse de verdad cuando entiendo de forma pueril y como un aprendiz.

Entre los libros gratos sin más, encuentro, de los recientes, que el *Decamerón* de Boccaccio, Rabelais y los *Besos* de Johannes Secundus, si es que es posible colocarlos en esa categoría, son merecedores de servirnos de entretenimiento. En cuanto a los Amadises y otras obras así no me han merecido crédito para detenerme en ellas ni siquiera en la infancia. Y añadiré lo siguiente, bien con atrevimiento, bien con temeridad: a esta alma mía vieja y torpe no le hacen ya cosquillas no solo Ariosto, sino tampoco el buen Ovidio: su facilidad y sus inventos, que me deleitaban tiempo ha, apenas si me dicen algo ahora. Digo libremente cuanto opino de todas las cosas e incluso, llegado el caso, de las que están más allá de mis conocimientos y que ni tan siquiera considero que entren en mi jurisdicción: si de ellas opino, es también para manifestar hasta dónde alcanza mi capacidad y no hasta dónde alcanzan las cosas. Cuando me desagrada el *Axioco* de Platón, por parecerme obra sin fuerza en semejante autor, dudo

de mi juicio; no es tan osado como para oponerse a la autoridad de tantos otros excelentes criterios de los Antiguos a quienes tiene por guías y maestros y con los que, antes bien, lo alegra equivocarse; así mismo se culpa y se reprocha el quedarse en la corteza por no poder calar hasta el fondo o por considerar el asunto a una luz equivocada. Se contenta solo con precaverse de la confusión y el desarreglo; y en cuanto a su debilidad, la reconoce y la confiesa de buen grado. Cree estar interpretando con buen criterio las apariencias que le brindan sus capacidades; pero son estas flojas e imperfectas. La mayoría de las fábulas de Esopo tienen varios sentidos y pueden interpretarse de diversas formas: quienes las convierten en mitos escogen alguno de sus aspectos que cuadre bien con la fábula; pero la mayoría de las veces, no es ese más que el primero y es superficial; hay otros más incisivos y esenciales hasta los que no han sabido ahondar; y es lo que también a mí me sucede.

: has meus ad metas sudet oportet equus.

Pero, volviendo a tomar el hilo, siempre me ha parecido que, en poesía, Virgilio, Lucrecio, Catulo y Horacio van, con mucho, en cabeza; y muy notablemente Virgilio en sus *Geórgicas*, que me parecen la obra poética más lograda, con cuya comparación puede verse fácilmente que hay episodios de la *Eneida* a los que el autor habría atusado algo más con el peine si hubiera tenido ocasión de hacerlo; y el quinto libro de la *Eneida* me parece el más perfecto. Me gusta también Lucano y lo leo de muy buen grado, no tanto por el estilo, sino por su valor intrínseco y el tino de sus opiniones y juicios. En cuanto al buen Terencio, que cuenta con toda la exquisitez y los encantos de la lengua latina, me parece admirable cómo retrata con gran propiedad los impulsos del alma y nuestros comportamientos; nuestras acciones me remiten continuamente a él; puedo leerlo todo cuanto me plazca, siempre hallo en él alguna belleza y alguna nueva delicia. Los de tiempos de Virgilio se quejaban de que había quienes lo comparaban con Lucrecio; opino que se trata en verdad de una comparación desigual, pero mucho me cuesta defender ese punto de vista cuando me hallo bajo el hechizo de alguno de los fragmentos más hermosos de Lucrecio. Si los enfadaba la comparación, ¿qué no dirían de la necedad y la torpeza bárbara de estos que hoy en día lo comparan con Ariosto? Y ¿qué no diría el propio Ariosto?

O seclum insipiens e inficetum![2]

Considero que los Antiguos tenían aún mayores motivos para quejarse de quienes igualaban a Plauto con Terencio (es este mucho más elegante) que de los que lo hacían con Lucrecio y Virgilio. La estima y la preferencia por Terencio le deben mucho a que el padre de la elocuencia latina[3] lo tuviera con tanta frecuencia en los labios, y solo a él en esa categoría, así como a la opinión del principal juez de los poetas romanos[4] al hablar de su compañero.[5] Muchas veces se me ha pasado por las mientes que quienes se meten en nuestros tiempos a escribir comedias (como los italianos, que tienen para ello bastante buena mano) utilizan dos o tres argumentos de las de Terencio o Plauto para hacer alguna de las suyas; acumulan en una sola comedia cinco o seis cuentos de Boccaccio. Si acarrean tantos materiales es por la desconfianza que tienen de poder sostenerse con sus propios recursos: deben hallar una base donde apoyarse y, al no ser la suya lo

suficientemente firme para interesarnos, quieren que el cuento nos entretenga. Acontece con mi autor todo lo contrario; las perfecciones y primores de su forma de expresarse nos quitan el apetito para el argumento; su agrado y su exquisitez nos acaparan por doquier; resulta en todo tan grato,

Liquidus, puroque simillimus amni,[6]

y nos colma tanto el alma con sus encantos que olvidamos los de su fábula. Esta misma consideración me lleva a decir más: veo que los buenos poetas de la Antigüedad no quisieron ser afectados ni rebuscados, no solo como lo son los españoles y los petrarquistas con sus fantásticas exageraciones, sino incluso en lo relativo a los extremos más medidos y contenidos que ornan todas las obras poéticas de los siglos siguientes. No hay, en consecuencia, ni un juez equitativo que los eche de menos entre los Antiguos y que no admire en mayor grado y sin comparación la lisura pareja y esa perpetua mesura y esa hermosura florida de los epigramas de Catulo más que todos los aguijones con que Marcial afila la cola de los suyos. Es ese mismo argumento al que me refería antes, y que Marcial se aplica a sí mismo: «*Minus illi ingenio laborandum fuit, in cuius locum materia successerat*».[7] Aquellos destacan, sin acalorarse ni tomárselo a pecho, les sobra con qué hacer reír, no precisan las cosquillas; estos necesitan ayuda ajena; cuanta menos chispa tienen, más bulto precisan; montan a caballo porque no tienen bastante recias las piernas, de la misma forma que, en nuestros bailes, esos hombres de baja condición que los enseñan, al no poder igualar el porte y el decoro de nuestra nobleza, buscan prestigio en saltos arriesgados y otros movimientos raros y propios de volatineros; y las damas se malbaratan en los bailes en los que hay figuras variadas y movimientos del cuerpo, lo que no les sucede en esos otros más ceremoniosos en los que les basta con andar sencillamente con un paso natural y mostrar un porte espontáneo y su encanto habitual; he visto también cómicos excelentes que con su atuendo de diario y su comportamiento usual nos proporcionaban todo el gusto que podemos hallar en su arte; los aprendices, que no son tan duchos, necesitan embadurnarse la cara de harina, disfrazarse, contorsionarse y hacer muecas desproporcionadas para conseguir que nos riamos. Esta opinión mía queda más clara, en mayor grado que con ningún otro ejemplo, si comparamos la

Eneida y el Furioso:[8] vemos al primer poema hender los aires con vuelo alto y firme, sin perder el rumbo; el segundo revolotea y brinca de cuento en cuento, como de rama en rama, por no fiarse de sus alas más que en trayectos breves y se posa cada dos por tres por temor a que le fallen el resuello y la fuerza,

Excursus breves tentat.[9]

Estos son, pues, en esta clase de asuntos, los autores que más me agradan.

En cuanto a mi otra lectura, que mezcla algo más de provecho con el gusto, con la que

aprendo a ordenar mis opiniones y mis circunstancias, los libros que para ello me sirven son los de Plutarco, desde que está en francés, y Séneca. Tienen ambos esa gran ventaja para mi talante: el saber que en ellos busco lo tratan por partes deshilvanadas y que no exigen una tarea prolongada, de la cual soy incapaz; tal sucede con los *Opúsculos* de Plutarco y las *Epístolas* de Séneca, que son la mejor parte de sus escritos y la más provechosa. No me hace falta gran empeño para ponerme con ellos y dejarlos donde quiera, pues no tienen continuidad entre sí ni dependen unos de otros. Estos autores coinciden en la mayoría de sus opiniones útiles y certeras, de la misma forma que el azar los hizo nacer más o menos en el mismo siglo, fueron los dos preceptores de dos emperadores romanos, procedían ambos de países extranjeros y ambos fueron ricos y poderosos. Enseñan la flor y nata de la filosofía presentada de forma sencilla y pertinente. Plutarco es más uniforme y constante; Séneca, más zigzagueante y variado; este se esfuerza, se envara y se crispa para dar armas a la virtud contra la debilidad, el temor y los viciosos apetitos, aquel parece no conceder tanto precio a esos esfuerzos y desdeña forzar el paso y estar sobre aviso: Plutarco tiene conceptos platónicos, moderados y acomodados al conjunto de los ciudadanos. El otro es estoico y epicúreo, sus opiniones se alejan más del uso común, pero son, en mi opinión, más útiles en lo personal y más firmes: se trasluce en Séneca que consiente un tanto la tiranía de los emperadores de su tiempo, pues tengo la certidumbre de que son forzadas las opiniones con que condena la causa de los nobles asesinos de César; Plutarco es constantemente libre; Séneca rebosa de rasgos de ingenio y de salidas, Plutarco, de contenidos; aquel nos enfebrece más y nos llega más dentro; este nos satisface en mayor grado y nos aporta más, nos guía; y el otro nos empuja.

En cuanto a Cicerón, las obras suyas de las que saco beneficio para lo que preciso son esas que tratan de filosofía, y muy especialmente de moral. Pero, si he de reconocer la verdad sin empacho (pues, cuando se han franqueado las barreras de la impudicia, no hay ya bridas que refrenen), su forma de escribir me resulta aburrida y también cuanto en él hallamos, pues los prefacios, las definiciones, las divisiones, las etimologías y todo lo de ese estilo ocupan lo esencial de su obra. Lo que haya en ella vivo y sustancioso lo ahogan esas larguras en la presentación de las cosas. Si he dedicado una hora a leerlo, lo cual es mucho para mí, y me pongo a recordar qué savia y qué sustancia he sacado, la mayor parte del tiempo solo hallo viento pues no ha llegado aún a los argumentos en que se sustentan sus palabras ni a las razones que se refieren con propiedad al meollo que busco. Para mí, que solo pido llegar a ser más discreto y no más sabio ni más elocuente, esas exposiciones lógicas y aristotélicas no vienen a cuento; quiero que se empiece por el final; sé de sobra qué son la Muerte y la Voluptuosidad, que no se entretenga nadie en disecarlas. Busco de entrada razones buenas y sólidas que me enseñen a mirarlas de frente; ni las sutilezas gramaticales ni la ingeniosa disposición de las palabras y los argumentos me sirven. Quiero razonamientos que arremetan contra la parte crucial de la duda: los suyos se andan con rodeos; valen para la escuela, el foro y el sermón, donde tenemos licencia para amodorrarnos y, pasado un cuarto de hora, estamos todavía a tiempo de volver a coger el hilo. Hay que hablarles así a los jueces a quienes queremos convencer por las buenas o por las malas, a los niños y al vulgo, a quien hay que explicárselo todo hasta ver qué le hace mella. No quiero que se esfuercen en captar mi atención y que me digan a voces cincuenta veces: «¡Oíd, oíd!», como hacen nuestros heraldos; los romanos decían, en su religión, «*Hoc age*»[10] y nosotros decimos en la nuestra «*Sursum corda*»:[11] son palabras inútiles en mi caso; ya vengo preparado de casa. No necesito aderezo ni salsa, como de buen grado las viandas crudas; y esos preparativos para abrir boca en vez de despertarme el apetito, antes bien me lo cansan y asquean. ¿Me da acaso licencia vivir en estos tiempos para tan sacrílego atrevimiento, a saber, que se me hagan tan largos los dialogismos del mismísimo

Platón, que asfixian en exceso el tema que trata, y para lamentarme del tiempo que dedica a esas prolongadas y vanas intervenciones preparatorias un hombre que tenía tantas cosas mejores que decir? Será mejor disculpa mi ignorancia, ya que nada aprecio de la belleza de su lengua. Suelo requerir los libros que utilizan los saberes, no los que los instituyen. Los dos anteriormente citados,[12] y Plinio y sus iguales no usan un *hoc age*, quieren tener trato con personas que se dan ese aviso personalmente; o, en caso de recurrir a él, es un *hoc age* de mayor consistencia y que tiene su propia razón de ser. Gusto también de leer las epístolas *ad Atticus*,[13] no solo porque contienen muy amplia información acerca de la historia y de los asuntos de la época del autor, sino, mucho más, para hallar en ellas sus sentimientos íntimos, pues tengo, como ya he dicho en otros lugares, singular curiosidad por conocer el alma y las opiniones naturales de mis autores. Hay que juzgar su talento, pero no sus hábitos ni sus personas por esa exposición de sus escritos que presentan en el teatro del mundo. He lamentado mil veces que se haya perdido el libro que acerca de la virtud escribió Bruto, pues resulta interesante aprender la teoría de quienes tan bien saben ponerla en práctica. Mas dado que una cosa es la prédica y otra el predicador, prefiero leer a Bruto en la obra de Plutarco que en la suya propia; más bien preferiría saber con verdad lo que hablaba bajo la tienda con alguno de sus amigos íntimos la víspera de una batalla que lo que dijo al día siguiente al ejército; y más lo que hacía en su gabinete y en su dormitorio que lo que hacía en el foro o en el senado. En cuanto a Cicerón, comparto la común opinión de que, dejando aparte su sabiduría, no había gran excelencia en su alma: era buen ciudadano y tenía llaneza de carácter, igual que suele suceder con los hombres robustos y joviales, como era él, pero tenía, por cierto, poca firmeza y mucha vanidad ambiciosa. Y no sé cómo disculparlo de haber considerado su poesía digna de salir a la luz; no es un gran defecto hacer malos versos, pero sí es defecto no haber notado cuán indignos eran de la gloria de su nombre. En cuanto a su elocuencia, es incomparable: creo que no habrá nunca hombre que lo iguale. Ocurrió que, siendo gobernador en Asia Cicerón el Menor, que solo se parecía a su padre en el nombre, se sentaron a su mesa varios forasteros y, entre otros, Cestio, que estaba al final de la mesa como suelen hacer quienes se aprovechan de las mesas abiertas de los grandes, Cicerón preguntó quién era a uno de sus criados, y este le dijo su nombre, pero, como pensaba en otra cosa y olvidaba lo que le

respondía, se lo volvió a preguntar otras dos o tres veces más. El criado, para ahorrarse el trabajo de repetirle tantas veces lo mismo y para dárselo a conocer con alguna circunstancia concreta, le dijo: «Es ese Cestio de quien te dijeron que no valora en mucho la elocuencia de tu padre si la compara con la suya propia». Se picó Cicerón al oír eso y ordenó que agarrasen al pobre Cestio y que lo azotasen bien azotado en su presencia. ¡He aquí un anfitrión muy poco cortés! Entre esos mismos que, todo bien mirado, tienen en muy mucho su incomparable elocuencia, hubo algunos que no dejaron de ver en ella defectos, como ese notable Bruto, amigo suyo, que decía que era una elocuencia quebrantada y feble, *fractam et elumben*. Los oradores próximos al siglo en que vivió también le reprochaban ese curioso empeño en colocar al final de sus períodos oratorios ciertas cadencias y destacaban que empleaba con gran frecuencia la expresión *esse videatur*.[14] En lo que a mí se refiere, prefiero que las frases tengan una caída más breve, dividida en yambos. Aunque mezcla a veces los ritmos de forma un tanto tosca, no es algo frecuente; este se me quedó en los oídos: «*Ego vero me minus dius senem esse mallem, quam esse senem ante, quam essem*».[15]

Los historiadores son para mí como la pelota que me viene por la derecha,[16] porque son gratos y fáciles; y, al tiempo, al hombre en general, cuyo conocimiento busco, lo encuentro allí de forma más viva y más completa que en ningún otro lugar, con la variedad y la verdad de sus sentimientos íntimos, de bulto y en detalle, con las variadas formas en que se relaciona y las de los accidentes que lo amenazan. Así pues, los que escriben *Vidas*, porque se detienen más en las opiniones que en los acontecimientos y más en lo que sale de dentro que en lo que acontece fuera, me resultan más oportunos; y por eso en todos los casos mi hombre es Plutarco. Mucho me duelo de que no tengamos una docena de Laercios[17] o que no sea más extensa su obra o más entendida, porque no tengo menor curiosidad por la suerte y la vida de esos magnos preceptores del mundo que por la diversidad de sus creencias y de su pensamientos. En esta clase de estudio de la historia, hay que hojear sin distinción a toda clase de autores, antiguos y nuevos, forenses y franceses, para enterarnos de las cosas tan diversas de las que hablan. Pero César, sobre todo, me parece merecedor de estudio, no solo por su ciencia de la historia, sino por sí mismo, de tanta perfección y excelencia como tiene, por encima de todos los demás, aunque Salustio sea también de esa condición. Leo sin duda a este autor con algo más de reverencia y de respeto de los que se ponen al leer las obras humanas, ora por tener en cuenta sus acciones propias y el milagro de su grandeza, ora por la pureza y el inimitable primor de su lengua, que supera no solo a todos los historiadores, como dice Cicerón, sino al mismísimo Cicerón llegado el caso, con tan gran sinceridad en sus juicios y al hablar de sus enemigos, si hacemos omisión de los colores engañosos con que pretende cubrir su mala causa y la vileza de su perniciosa ambición, que creo que solo en esto puede hallárselo reprensible: en que se abstuviera tanto de hablar de sí, pues no pudo llevar a cabo tan magnas empresas sin haber puesto mucho más de su parte de lo que cuenta.

Me gustan los historiadores sencillos o los excelentes. Los sencillos, que nada pueden añadir de su cosecha y solo aportan el cuidado y la diligencia de recopilar cuanto llega a su conocimiento y dejan constancia, de buena fe, de todo, sin escoger ni seleccionar y sin influir en nuestro criterio sobre lo que pueda ser cierto: tal hace, entre otros, el buen Froissart, quien llevó a cabo su empresa con tan sincera espontaneidad que, habiendo cometido una equivocación, no tuvo empacho alguno en reconocerlo y corregir el punto en que lo habían avisado de que esta se hallaba, y que nos refiere incluso los diversos rumores que corrían y las diferentes versiones que le contaban. Es la materia de la historia en sí, al desnudo y sin elaborar; todos pueden sacar provecho de ella a tenor de su inteligencia. Los muy excelentes tienen capacidad para escoger lo que es digno de saberse; pueden elegir, de entre dos informaciones, la más verosímil; del carácter de los príncipes y de sus tendencias infieren sus opiniones y les atribuyen las palabras oportunas; hacen bien al atribuirse la autoridad de acomodar nuestras creencias a las suyas; pero es muy cierto que pocos hay que puedan hacerlo. Los que se sitúan entre aquellos y estos (que son los más) todo nos lo deslucen: nos lo quieren dar todo masticado, se conceden la licencia de juzgar y, en consecuencia, de someter la historia a sus ideas; y cuando la opinión se inclina hacia un lado, no pueden por menos de moldear y retorcer la narración para darle ese sesgo; se meten en escoger las cosas que deben saberse y nos ocultan a veces alguna palabra o algún hecho particular que nos informarían mejor; omiten, por darlas por inverosímiles, las cosas que no entienden y quizá alguna cosa más por no saber decirla en buen latín o en francés. Que desplieguen sin reparos su elocuencia y sus razonamientos, que juzguen desde su punto de vista, pero que nos dejen también a nosotros con qué juzgar por nuestra cuenta y que no alteren ni omitan, con sus supresiones y sus elecciones, nada que pertenezca al cuerpo de la materia en sí, sino que nos la entreguen pura y entera en todas sus dimensiones.

Las más de las veces se elige para este cometido, y sobre todo en los presentes siglos, a gentes del pueblo atendiendo solo a que sepan expresarse, como si lo que buscásemos fuera aprender bien la gramática en sus escritos; hacen bien, pues solo los contrataron para eso y solo venden su

parla, en no preocuparse más que de ese aspecto; así, a fuerza de palabras lucidas, nos van amasando un buen pastel con los rumores que recogen en las encrucijadas de las ciudades. Las únicas obras de Historia buenas son las que escribieron quienes estaban al frente de los acontecimientos o participaban en dirigirlos o, al menos, quienes tuvieron la oportunidad de hacer otro tanto con otros semejantes; a estas pertenecen casi todas las griegas y romanas, pues, al escribir sobre el mismo tema varios testigos oculares (como sucedía en aquellos tiempos en que solía ocurrir que la grandeza y la sabiduría coincidieran), si hubiere algún error sería extraordinariamente leve y sobre algún acontecimiento muy dudoso. ¿Qué puede esperarse de un médico que se ocupase de la guerra o de un estudiante que lo hiciera de las intenciones de los príncipes? Si queremos recalcar los escrúpulos que sobre esto tenían los romanos, basta con el siguiente ejemplo: Asinio Polión encontraba incluso en los relatos de César algún error en que había incurrido por no haber podido tener los ojos puestos en todos los puntos de su ejército y haber creído lo que le contaban con frecuencia ciertas personas acerca de acontecimientos insuficientemente comprobados, o porque sus lugartenientes no lo informaron bien de lo que habían llevado a cabo en ausencia suya. Puede verse en esto cuán delicada es esa búsqueda de la verdad, pues no podemos fiarnos, en lo referido a una batalla, de lo que de ella sepa quien estuviera al mando, ni tampoco se les puede preguntar a los soldados lo que sucedió donde ellos estaban a menos que, como ocurre en una investigación judicial, se confronten los testimonios y se admitan las observaciones atendiendo a las pruebas detalladas que se aporten de todos y cada uno de los hechos ocurridos. En verdad el conocimiento que tenemos de nuestros propios asuntos es mucho más impreciso, pero de esto ya trató suficientemente Bodin[18] y según el propio concepto que yo profeso.

Seneca
Horacio
Lucrecio
Ciceron
Lucano
Terencio
Virgilio
Catulo
Plauto
Ovidio
Plutarco
Laercio

Para remediar un tanto las traiciones de mi memoria y sus fallos, tan excesivos que más de una vez he vuelto a abrir libros como si fueran nuevos y no supiera nada de ellos, aunque los hubiese leído con gran atención unos años antes y hubiera garabateado en ellos mis anotaciones, he adquirido la costumbre desde hace algún tiempo de añadir al final de cada libro (me refiero a aquellos que solo quiero leer una vez) la fecha en que acabé de leerlo y la opinión que, por encima, me mereció, para que ello me informe al menos de la impresión y de la idea general que me hice del autor al leerlo. Quiero poner aquí algunas de estas notas.

Esto es lo que puse hace alrededor de diez años en mi Guicciardini[19] (pues, hablen en la lengua que hablen mis libros, yo les hablo en la mía): «Es un historiógrafo concienzudo que, en mi opinión, puede darnos a conocer con mayor precisión que ningún otro la verdad sobre los asuntos de su tiempo, pues las más de las veces desempeñó un papel en ellos y con muy alto rango. No hay apariencia alguna de que por aborrecimiento, favor o vanidad disfrazase los hechos, de lo que dan fe sus libres opiniones sobre los poderosos, y sobre todo aquellos que lo auparon y de quienes obtuvo cargos, tales como el papa Clemente VII. En cuanto a la parte de la que más parece querer prevalerse, es decir, sus digresiones y discursos, los hay excelentes y enriquecidos con estupendas salidas, pero se complugo en ello demasiado, pues, por no querer dejarse nada en el tintero en un tema tan denso y amplio y, como quien dice, infinito, se volvió deshilvanado y suena un tanto a cháchara de cátedra. He notado también lo siguiente: entre tantas almas y hechos de los que emite juicios, tantos acontecimientos y pareceres, nunca atribuye uno solo a la virtud, la religión o la conciencia, como si esos aspectos no existieran en el mundo; y todas las acciones, por hermosas que parezcan en sí, las achaca a algún motivo mediocre o a algún provecho. Resulta imposible imaginar que, entre el infinito número de acciones que juzga, no haya alguna que sea fruto de la razón; no existe corrupción tal que pueda haberse adueñado de los hombres de forma tan universal que no quede al menos uno libre del contagio. Esto me hace temer que pueda haber errado en sus criterios; y podría ser que calibrase a los demás por sí mismo».

En mi Philippe de Commynes veo lo siguiente: «Hallaremos aquí una lengua suave y grata, de espontánea sencillez; una narración en estado puro y en que la buena fe del autor resplandece de forma clara, libre de vanidad cuando habla de sí mismo y sin afectación ni odio cuando habla de los demás; acompañan a sus reflexiones y exhortaciones más empeño y verdad que erudición; y hay por doquier la autoridad y la seriedad de un hombre cabal y partícipe de importantes asuntos».

En las *Memorias* del señor Du Bellay: «Es siempre placentero leer las cosas escritas por quienes probaron a encauzarlas bien; pero no puede negarse que encontramos en estos dos nobles señores[20] mucha menos sinceridad y libertad en la escritura de las que resplandecían en los anteriores que escribían con esa misma disposición, como el señor de Joinville, familiar de san Luis, Eginhard, canciller de Carlomagno, y, más recientemente, Philippe de Commynes. Hallamos aquí más bien un alegato a favor del rey Francisco y en contra del emperador Carlos V y no un relato histórico. No quiero pensar que hayan cambiado nada en el conjunto de los hechos, pero sí que torcieron el sentido de los acontecimientos, y con frecuencia opuestamente a la razón, para favorecernos, y omitieron cuanto pudiera resultar vidrioso en la vida de su rey; dan fe de ello el olvido de la caída en desgracia de los señores de Montmorency y de Brion y que ni siquiera aparezca el nombre de la señora de Étampes. Se pueden ocultar las acciones secretas, pero callar lo que todo el mundo sabe y las cosas que tuvieron tan importantes consecuencias públicas es un defecto imperdonable. En resumidas cuentas, para tener un completo conocimiento del rey Francisco y de lo que sucedió en su época, más vale ir a buscarlo a otro sitio: tal es mi opinión. Lo que aquí puede ser de provecho procede del relato personal de las batallas y hazañas guerreras en las que esos nobles señores participaron, de cosas que dijeron e hicieron en privado algunos príncipes de su época y de los tratos y negociaciones a cuyo frente estuvo el señor de Langey; hay aquí una plétora de cosas dignas de saberse y de reflexiones que nada tienen de vulgares».

EX LIBRIS
Michel
de Montagne

DE LOS LIBROS

«Solo busco en los libros el gusto que me proporcione un honrado entretenimiento; o, si estudio, solo busco la ciencia que trate del conocimiento de mí mismo y que me instruya en un bien morir y un bien vivir. […]

»Con las dificultades, si con ellas me topo al leer, no me como las uñas; ahí se quedan tras haber arremetido contra ellas una o dos veces. Si me quedase plantado, me perdería y perdería el tiempo, porque tengo un carácter

impulsivo: lo que no vea de primeras menos lo veré si me empeño. Nada hago si no es con buen humor, y el empeño y la presión excesiva me ciegan el entendimiento, lo amohína y lo cansa. Se me turban y se me distraen los ojos, tengo que apartarlos y volverlos a fijar a trompicones: de la misma forma que para apreciar el brillo del escarlata nos ordenan que pasemos la vista por encima y en varias veces, apartándola de golpe y volviendo a mirar luego. Si tal libro me resulta enojoso, tomo otro y no me dedico a aquel más que en las horas en que empieza a adueñarse de mí el hastío de no hacer nada. No me intereso en los recientes, porque los de los Antiguos me parecen más completos y más recios; ni en los griegos, porque mi criterio no sabe ejercitarse de verdad cuando entiendo de forma pueril y como un aprendiz».

MICHAEL DE MONTAIGNE

Nacido en el seno de una familia de comerciantes bordeleses que accedió a la nobleza al comprar la tierra de Montaigne en 1477, fue educado en latín, siguiendo el método pedagógico de su padre. En 1570, abandona sus cargos públicos y se retira a su castillo para meditar y escribir. En 1572 comienza a redactar los *Ensayos*, cuyos dos primeros volúmenes verían la luz por primera vez en 1580.

MAX

(Barcelona, 1956)

Autor de historietas con una amplia trayectoria en el cómic desde sus inicios en los años 80 en la revista *El Víbora*. En 2007 obtuvo el Premio Nacional de Cómic por su libro *Bardín el Superrealista*. Ha sido fundador y codirector editorial de la revista de vanguardia gráfica *NSLM* entre 1995 y 2007. Su trabajo como ilustrador incluye carteles, portadas de discos, ilustraciones para prensa, libros y animación. Desde 2009 ilustra semanalmente la sección «*Sillón de orejas*» en el suplemento cultural *Babelia*, del diario *El País*.

«Solo busco en los libros el gusto que me proporcione un honrado entretenimiento; o, si estudio, solo busco la ciencia que trate del conocimiento de mí mismo y que me instruya en un bien morir y un bien vivir. [...]

»Con las dificultades, si con ellas me topo al leer, no me como las uñas; ahí se quedan tras haber arremetido contra ellas una o dos veces. Si me quedase plantado, me perdería y perdería el tiempo, porque tengo un carácter impulsivo: lo que no vea de primeras menos lo veré si me empeño. Nada hago si no es con buen humor, y el empeño y la presión excesiva me ciegan el entendimiento, lo amohína y lo cansa. Se me turban y se me distraen los ojos, tengo que apartarlos y volverlos a fijar a trompicones: de la misma forma que para apreciar el brillo del escarlata nos ordenan que pasemos la vista por encima y en varias veces, apartándola de golpe y volviendo a mirar luego. Si tal libro me resulta enojoso, tomo otro y no me dedico a aquel más que en las horas en que empieza a adueñarse de mí el hastío de no hacer nada. No me intereso en los recientes, porque los de los Antiguos me parecen más completos y más recios; ni en los griegos, porque mi criterio no sabe ejercitarse de verdad cuando entiendo de forma pueril y como un aprendiz».

«Como Shakespeare, Montaigne es, en cierto sentido, contemporáneo nuestro. Pocos escritores del siglo XVI son más fáciles de leer hoy, ni nos hablan tan directa e inmediatamente como él».
PETER BURKE

Nórdicalibros
Pronto llegará la nieve. Se siente en el aire

NOTAS

[1] «A esa meta deben aspirar mis corceles». (Propercio, IV, 1). (*Esta nota y las siguientes son de la traductora).*

[2] «¡Oh siglo sin discernimiento y sin gusto!». (Catulo, XLIII, 8).

[3] Cicerón.

[4] Horacio (*Arte poética*).

[5] Plauto.

[6] «Fluye con tanta facilidad y pureza». (Horacio, *Epístolas*, II).

[7] «No se veía en la obligación de hacer grandes esfuerzos; el propio tema le hacía las veces de ingenio». (Marcial, prefacio del libro VIII).

[8] *Orlando furioso*, de Ariosto.

[9] «Solo intenta expediciones breves». (Virgilio, *Geórgicas*, IV).

[10] «Presta atención».

[11] «Levantemos el corazón». En la misa, al principio del prefacio, para instar a los fieles a atender.

[12] Plutarco y Séneca.

[13] De Cicerón.

[14] «Al parecer».

[15] «En lo que a mí se refiere, preferiría ser viejo menos tiempo que ser viejo antes de llegar a la vejez».

[16] Montaigne se refiere al tan popular y apreciado *jeu de balle*, el juego de pelota.

[17] Diógenes Laercio.

[18] Jurisconsulto que publicó en 1566 la obra *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*.

[19] Francesco Guicciardini (1483-1540), filósofo, historiador y político italiano que tuvo importantes cargos diplomáticos.

[20] El autor principal de las *Memorias* es Martin du Bellay, pero interviene también su hermano Guillaume.